

—¡Dios del cielo! ¡Válgannos los siete compañeros de Grecia! Ella no fuma, y yo tampoco; por consiguiente, esto tiene que ser contrabando—dijo el sabio despeluznado—. La cosa es clara: esto no ha venido del estanco. Aquí hay contrabando y adúltera. ¿Y qué significan estos nombres? *Contrabando*, del otro bando, de la frontera, del extranjero, de extraño, de *extrangis*; y *adúltera*, de adulterada ó entregada de extrangis. Si la culpa no estuviese clara, aclararíala la ciencia etimológica. ¿Y qué diría el pueblo si lo supiese? Por fortuna, el pueblo no entiende de etimología y yo me guardaré muy bien de enseñársela. ¡Que jamás sepa lo que ocurre, y que viva ignorando esta rama de ciencia!; y además, ¿qué es este pueblo ante los pueblos? ¿Qué somos nosotros mismos? Ya lo he dicho: somos polvo, polvareda y tierra. Así, pues, echemos tierra encima.

EL JEFE DE ESTACIÓN

La única muestra de progreso, que los más progresivos habían dejado en aquel pueblo, era una de estas víctimas de la frialdad administrativa á quienes se llama *Jefe de estación*.

No quiero creer que el *accionista* cuando adquiere acciones lo más baratas posible, para que vayan tendiéndose *rails* á través de los campos en lugares que abrevien el camino, sea cómplice en el delito de construir expresamente, allí donde caigan, esas que se llaman estaciones, y de dejar en ellas un hombre.

Si lo supiesen no lo harían, porque el *accionista* individualmente no es malo de suyo, ni de malos instintos: no es más que *accionista*, y el único defecto que tiene es la *capa* del anónimo.

Porque, hijos míos, se necesita la virtud de un ermitaño laico para desembarcar á sangre fría en una de estas casucas, y tomarla por morada defi-

nitiva, y vivir de un modo definitivo en ellas que son más que salas de espera; se necesita mucho amor al vivir y mucho desprendimiento de la vida, para enterrarse antes de tiempo en aquellas casas del orden, en aquellas casas en prosa, con la vía á derecha y á izquierda para que los ojos no tengan por donde extraviarse.

Y, sin embargo, no llevan allí á nadie que merezca presidio. Por el contrario, llevan al jefe, á un hombre que ha de ser buen hombre á toda prueba; á un hombre honrado para sí y para el prójimo; á un sér al que se hace servir de rueda administrativa, con paga de rectorcillo del progreso, él, que debería tener paga de arzobispo con ascensos de santidad progresiva.

Llega el jefe á la estación, y muchas veces llega ya siendo jefe de familia (dos jefaturas que no son incompatibles, porque no las paga el Gobierno, ni los accionistas), y solo ó acompañado se instala en el cuartito de aquella casa, colocada en mi pueblo, como en todos, entre algunos campos de maiz, una cerca de alambre, un palo delante y una montañuca cenicienta detrás, como distracción única de la vista, pero distracción definitiva.

Al llegar, el guardaagujas presenta al mozo de carga y descarga, ó éste presenta al guardaagujas. El jefe mira á aquellos hombres que habrán de ser de allí en adelante más que amigos de conversación sus *compañeros del silencio* y los tres juntos pasan á ver la casa.

Arriba, pronto está vista: son casas con plano de molde, y, vista una, vistas todas. Hay justo donde comer con gana de reglamento; cocina entre-económica; dormitorios para sueño ordenado... y basta. Abajo, dos salas de espera, para las tres clases de vapor, ó sea clase y media por sala; aquellos bancos de madera para tantos y tantos como en el mundo esperan sentados; algún anuncio de píldoras, un reglamento cargado de órdenes y atiborrado de ordenanzas, y los planos de *idas y vueltas*. Delante, es decir, á un costado, la sala de la taquilla, un ventanuco como nicho de criatura, donde ha de entrar el jefe para horadar cartoncitos; y al fondo el entretenimiento de la finca; el telégrafo, un juguete peligroso lleno de cintitas azules, y de campanillitas y de timbres y ruedas que se han de vigilar siempre, y contestar á las preguntas que hace, por indiscretas y descabelladas y aburrideras que sean.

Estos son los dos altares mayores en aquel templo de la *marcha*. No queda ya por ver más que la sala de equipajes, la báscula, dos ó tres vagones que toman el sol al otro lado del andén, y el hombre queda enterado y enterado para mucho rato: para todo el que le fengan allí dentro.

—Muy bien—dice el jefe—. Ya estamos instalados. Venga la levita y ayúdenos Dios, que los hombres estamos de más!

Y se pone la levita y da una ojeada de general al campo de sus operaciones, y mirando vía arriba

y vía abajo, cruzado de brazos, se dice—: Andando, tren; á ver si pasas.

¿Qué has dicho, cristiano? ¡Y tanto como pasará! ¡Y tantos como pasarán! Pasa y pasa á las tantas y diez, y á las cuantas y veintidós, y á las ocho y catorce del otro meridiano; y tanto si se detiene como si no, habrás de verle y saludarle, aunque estés rendido, y ponerte la levita y quitártela, y volvértela á poner hasta que se le rompan las mangas; y si por azar se detiene aquel retren remaldito, dentro no ves más que caras desconocidas, gentes malhumoradas, mal dormidas, mal comidas; hombres que parecen caminar al choque, gente que se despide, lágrimas, pañuelos, y vuelta á tocar la campana, y vuelta á quitarte la levita; y en mangas de camisa, ya despojado del uniforme, á sentir el primer mareo de la tierra y los primeros síntomas de añoranza.

¡Ay, sí! Por limpios que vayan, y por galones de oro que lleven en la gorra, también añoran los jefes. También sienten el hielo de la soledad, y las tristezas de las hojas secas, y el vacío del silencio, y la falta de consuelo de un poquito de desorden, aunque fuese un desorden un poco ordenado. Aquéjales un mal que puede llamarse «enfermedad de jefe de estación», un mal que no se cura en clínicas, pero que nace en las estaciones; el mal de la reglamentación; el mal de comer á hora fija y de dormir á hora fija, y hasta de haber de amar á la hora y tantos minutos y no poder hacer de pájaro ni si-

quiera una vez, no más que una vez volar por las arboledas y volver á encerrarse en aquella casa urbana, indiferente, de piedra artificial, de cartón piedra, filtradora de la humedad del no ser y palizadora del vivir.

Bien pronto, el pobre hombre, no puede más; entra en casa, una vez más se quita la levita, y en su afán de comunicarse con alguien, porque el silencio le ahoga, y no teniendo nadie con quien hablar, ni al guardaagujas ni al hombre de la *descarga*, se va al cuartucho del telégrafo, y allí *crec-crec, crec-crec*, y llamada de timbre, despierta al Jefe de la otra estación, y los dos, por mediación de aquellos alambres, que hacen el oficio de cuerdas de añoranza, con amargura telegráfica se quejan de su suerte, y hablan por hablar, por necesidad de su alma; y, sin comas, con frases justas, con palabras hechas de *tetras*, se desahogan por medio de aquellas cuerdecillas, de aquel sistema nervioso tendido sobre la vía.

Pero, eso sí; por deprisa que corran las frases se enfrían en el camino. La ciencia que recogen por el trayecto va comiéndoseles la expresión, y la palabra ha perdido todo el sabor de humanidad. Y harto lo notan los jefes de estación á cada extremo de los alambres; pero ¿qué han de hacer? ¿Cómo han de expansionarse? El pueblo está lejos, el guardaagujas, preocupado con su aguja, no está para nada y si le oye no le entiende, el de la carga todavía menos, porque no hay nada que canse

tanto como la carga, y no está para filosofías; la mujer (si encontró alguna que allí quiera vivir) hartó trabajo tiene con cuidar de los chiquillos para que no se vayar á la vía ó al telégrafo, el dichoso telégrafo, ó al cajoncito de los billetes, además de que ya se sabe de memoria las penas del jefe de estación; y estos jefes, sin una voz que los conforte, sin amigos, sin más compañeros que el deber, caen en un desfallecimiento, en una de esas crisis solitarias que debían sentir los ermitaños en lo alto de sus ermitas.

El jefe se aburre, se entristece, con una tristeza mate, con un aburrimiento gris, con el desfallecimiento moral de aquel que no tiene pena ni gloria, y que ve deslizarse la vida lisa y paralela, como la vía que corre arriba y abajo, y lo mismo que los anacoretas, intenta hacerse un huertecillo; y en aquellos cuatro palmos de terreno que tiene detrás del cercado, hace sus plantaciones. El primer año planta un árbol, que sostiene con una estaca, y en lugar de prender el árbol, muere el árbol y brota la estaca, que resulta ser una higuera; el segundo, planta tres acacias y prenden dos, que sirven de apeadero á las moscas que viajan; después arregla el jardín, y planta unos rails por verja, hace un *parterre*, y llega hasta á sembrar enredaderas, que habrían de enredarse y subir, pero que no suben ni bajan.

También las plantas padecen el mal de estación; también enferman de estación; también les amus-

tia aquel hábito de estación, de una estación que todo el año es la misma estación; sin más agua que la que mezclada con jaropes les tiran los que beben en la cantina; sin más sombra que la que dan los cinco alambres del telégrafo, ni otro alimento que el cok de la locomotora. A tal jardín convendría regarle con aceite de hígado de bacalao y vino de quina, porque, ¡pobrecillo!... parece un jardinico medio botánico, medio de aguas termales, medio de vivero, alargando los tallos anémicos hacia los trenes de mercancías que pasan para que se las lleven de allí y las conduzcan á terrenos más *climatéricos*, en los cuales haya cuatro estaciones, y no siempre aquella misma; donde los saquen de aquellas lagunas de petróleo, que de puro refinado los mata; de aquella postración mortecina, de aquel destierro de tierra, que un Jefe puede resistir porque lleva gorra y levita, pero no ellas que viven enfermas y desnudas, á la vista de todos los hombres que pasan.

¡Pobres plantas, y, sobre todo, pobre jefe!

¿Qué culpa tiene él de ser jefe? ¿Qué culpa tiene de no poder mostrar al viajero un parque un poco natural, un extracto de Madre Naturaleza? ¿Qué culpa tiene de que haga aquel sol, aquel sol que se bebe el agua, y hasta el licor de la cantina se bebería, si no le tuviesen metido en botellas? Al pobre empleado, al jefe, no le quedan más que dos caminos: ó acostumbrarse á aquella vida de poste, de palo con raíces, ó bien en uno de aquellos

trenes que paran, ya sea el de las tantas y catorce, ya el de las cuantas y veinticuatro, subir, en tercera, en cuarta, en furgón ó en locomotora, marcharse, y dejar al guardaagujas el cuidado de aquella helada casa.

Pero el hombre que ha ido amortizando ilusiones, que ha ido cortando ya muchos cupones de la obligación de vivir, que ya ha aprendido á endosar la levita de la paciencia, á tomar opio de resignación y á prepararse á bien morir de fastidio y de monotonía, es claro, opta por quedarse.

Se queda, pero se queda sin fe en el triunfo de las grandes vías ferrocarrileras. Ve pasar los trenes como quien ve llover; dice las mismas palabras cada día á la misma hora y con los mismos interlocutores de siempre; bebe y duerme á toque de *meridiano*, y va trocándose en telégrafo, en cronómetro y en fonógrafo y se pasa toda la semana haciendo de contador automático.

El domingo van á la estación algunos del pueblo, y él manda sacar sillas, les enseña el jardín, y les pesa en la báscula: «Usted, Secretario, ochenta; usted, Beco, sesenta y dos; usted, señor Cura, ciento cuarenta, y usted, señor Maestro, cincuenta y dos y algunas décimas». Lee el periódico; se lo regala al cafetero, y ya falto de movimiento, de tanto dársele á la vía, y apolillada la voluntad, se hace viejo antes de tiempo.

Ya es un tren parado; la estación le ha enterrado en vida. El telégrafo remaldito le ha muerto la

palabra; el reloj, el tiempo; el jardín, las alegrías. Ya nada le importa el sol, ni la lluvia, ni las tormentas. Ya es demasiado jefe.

Ya únicamente, á las ocho y cuarenta y cinco, cuando ve pasar el expreso dejando una huella de llamas, aún siente fuego y estremecimientos de juventud dentro de la levita; aún se queda hipnotizado mirando los rails, y sueña con una estación bien abrigada, por la cual no pasen trenes, con un gran cobertizo en que se diesen bien las flores, y con vistas á una ciudad muy alegre que no tuviese alambres: y contempla largamente la vía, hasta que el tren entra en la sombra.

Entonces se vuelve, y ve aquel cajón hecho de pedruscos, y de cemento y de paletadas de pasta de cartón—prosa, y llora, y tiene tiempo de llorar, hasta las veintitrés cuarenta, en que pasa otro tren de mercancías.

LOS CURAS

Allí, al lado de la iglesia, un poco más alto que las demás casas del pueblo, blanco y desolado, con anchas paredes desnudas, lisas y frías, había un caserón, medio convento, medio rectoral.

Una altísima pared cerraba la huerta, en la que se entraba por una puerta con cancel. Aquella huerta había sido cementerio, y, encerrada, entre la esquina de la iglesia, que la resguardaba del sol, entre las paredes de cerca y la rectoral, aún conservaba frialdad de camposanto abandonado, con todas esas plantas que con tanta ufanía crecen en aquellos lugares solitarios, y ese musgo que sudan las paredes entre húmedas y polvorientas.

Al fondo de la huerta estaba el caserón, un paño de pared inmenso, con solas dos ventanas allá arriba, cerca de la barbacana, como dos ojos medio entornados, mirando al pueblo á todas horas; la torre encima del tejado, orillada de almenas y

bordada de nidos de golondrinas, y la puerta formando un arco que le daba un aire de fortaleza.

Allí vivían los curas. Abierto otro cancel, abierta otra puerta, pasado un patio, subida una escalera y abiertas dos puertas más, allí vivían el rector, el vicario, los ecónomos, los que iban y venían, los predicadores, los misioneros, todos los hombres negros reclusos y elevados en aquella fortaleza, en aquel convento desierto, en aquella casa fría, en aquel palacio medio desamueblado, viendo el pueblo á sus pies por aquellos dos ojos de las ventanas.

Aquella masa de paredes, aquella anchura sin balcones, sin alegría y sin flores, aquella desolación de líneas, aquella casa imponente reclusa dentro de sí misma, tan alta, tan sólida, y teniendo que pasar tantas puertas para llegar del todo adentro, imponía más respeto á aquella gente sencilla que las paredes del mismo templo. Ellos sabían que en la iglesia estaban los santos, estaba el santo Patrón y estaba la Virgen; pero que allí estaban sus reclusos intermediarios, y los que tenían conocimiento y empeños y poder para todo de la otra vida, les parecía que la iglesia era de todos, que con San Isidro todos tenían confianza, que había sido de su gremio, y que no podía tener voto allí en el cielo un santo tan buen hombre, pero de tan poca instrucción; pero que en el caserón de al lado vivían los que sabían de latín y de cosas tan hermosas que no podía saber su humilde

San Isidro; les parecía que el cielo estaba encima del templo, pero que en el caserón estaban las oficinas; que el templo era el camino de la gloria, pero que había que acudir dentro de aquellas paredes blancas para no pasar por el purgatorio.

Allí, detrás de aquellos cancelos, anidaban todos los temores, todas las nubes negras, todos los castigos y todas las amenazas; allí tenían el poder de salvarlos. Los santos escuchaban serios, el Cristo de la Sangre hasta parecía compadecerlos, la Virgen muchas veces les sonreía, pero no les daban consejos, no les marcaban el camino de la salvación, no les guiaban de palabra, no les decían lo que habían de hacer para vivir, ni cómo habían de morir. Si caían en pecado, los santos no reñían, esperaban impasibles; si renegaban de la vida, los santos les dejaban renegar; si enseñaban los puños cerrados á las nubes que se les llevaban la cosecha, San Isidro, que podía hacerse cargo, porque también había sido labrador, condescendía y callaba. Ellos necesitaban guía, un guía que les diese consuelo maltratándoles, que les animase asustándolos, que dijese con palabras de dulzura que ellos no tenían lo que querían pedir y no sabían pedirlo.

Del caserón salían esos consejos, y salían misteriosos, envueltos en cendales de la otra vida. Allí todo era solemne á los ojos de aquella pobre gente. Sólo trajes negros se veían salir de allí dentro, trajes de luto, trajes de sombra, trajes de solemne

gravedad; y ¿adónde iban cuando salían? A cosas tristemente serias, á las tragedias últimas, á la muerte. Llevaban el Viático, pasando entre luces como ánimas de noche que saliesen de las ventanas; á enseñar al pie de la cama el camino de morir; á mostrar la vía láctea que les guiase á la otra vida; á tornar el cuerpo á la tierra; á todas partes donde hubiese que caminar hacia lo desconocido, hacia lo invisible, hacia el sueño, hacia lo infinito, hacia los lugares que los ojos no ven y el espíritu se imagina.

Y eran tan dueños y tan en absoluto de los espíritus de aquellas gentes, que les guiaban como el pastor guía el rebaño, ó como el santón guía al pueblo. Aquellas paredes, que no miraban cuando el mar de la conciencia estaba en calma, cuando el viento de alguna duda removía sus ondas, las veían tan lisas y tan frías, que les daban escalofríos de un temor indescriptible. No temían tanto la culpa como la cara de aquellos hombres que otorgaban el perdón; no temían tanto el pecado como el tener que confesarlo, si no querían condenarse por toda una vida eterna; no les daba miedo la justicia del mundo, que no conocían; lo que les tenía sujetos era tenerla que lograr por el arrepentimiento en vida, de aquellos sacerdotes del misterio, que recibían con sonrisa á los pecadores, pero con sonrisa que no era como las otras; que trataban con dulzura, pero con labios de desengaño, que daban esperanzas, pero no de compañero, sino de hombre

de otras tierras; que compadecían las miserias de la vida, pero no como quien las sufre, sino como quien las ha conocido de tantas como ha escuchado.

Ellos no tenían que sufrir las tentaciones de los pecadores: vivían muy en lo alto. No tenían las ocasiones del pecador, desde arriba; no dormían en estas calles fangosas, donde anidaban las miserias; no podían poseer tierras, para disputárselas con la codicia del egoísmo; no podían tener mujer, para sufrir amores y tristezas; no podían acercarse á los lugares del vicio, para caer en las tentaciones; y por eso los hombres los veían como de especie superior, y ellos miraban á los hombres como vasallos de sus dominios, atados bajo el caerón, con las cuerdas de la fe y las cadenas del temor y el peso de la conciencia.

Para conservarle, este dominio espiritual, á veces desencadenaban grandes olas de piedad, de consuelo, de bálsamo, que aplacaban las llagas del sufrimiento; á veces, latigazos á la carne para arrancarle la lujuria; siempre rezos para arrancarlos de la prosa y bañarlos en la única poesía que sabían practicar; muchas veces les regaban con una lluvia de amor las pocas flores de su alma, y cuando el pueblo sentía el dejo de la indiferencia, el minar de la duda ó el adormecimiento de la fe, entonces, y siempre entonces, tañían todas las campanas, tocaban nerviosamente un clamor de tormenta y arrebató, y subiendo un fraile, un

misionero, un verdadero creyente al púlpito, les decía, haciéndolos caer de rodillas:

«¡Mortales miserables, carne miserable, polvo de la tierra, que la tierra ha de cubrir, lleno de polvorienta podredumbre, despertad á la fe! ¡No miréis á la tierra, no miréis tan fijamente á la tierra, no viváis tan aferrados á ella! Mirad arriba, siquiera una vez; mirad más allá; penetrad en lo infinito; pensad en la vida eterna. ¿Qué importan los dolores más grandes de esta tierra que queréis, comparados con los castigos del infierno? ¿Qué es un momento de sufrir, para toda una eternidad de castigos, de fuego, de hinchazón en las venas, de espinas en los ojos, de brasas en las entrañas, de piedras como catedrales oprimiéndooos y aplastándooos, y para siempre, para siempre de siempre, para un tiempo que es más que el tiempo, para un tiempo que el pensamiento no alcanza? ¡Sois los gusanos, sois los gusanos del fango de esta misma tierra, sois la lepra, sois la peste! ¡Prosternaos, pecadores!»

Se prosternaban aquellos hombres sin saber qué pecado habían hecho para tanto castigo, y un terror les subía al cerebro, y aquel gran clamor de exterminio les parecía el mismo gritar del loco en el Calvario, pero dicho con santidad; se sentían malditos de la misma manera, pero con voz profética; se veían igualmente despreciados, pero con una lucecilla de esperanza, cuando les decía el misionero:

» ¡Aún podéis salvaros, hermanos! ¡Rogad! Aún podemos pedirle á Dios, grande y omnipotente como es, que os mire y os compadezca. ¡Aún nos escuchará con su poder generoso, si vosotros sois virtuosos; aún os ama y os quiere, y os abre los brazos á todas horas! Pedídselo.

» Sí; ¡pedídselo, vos que sabéis pedir!—parecía que dijese el pueblo.

» Pidámoselo todos juntos.

» Nosotros no sabemos.

» ¿Prometemos con toda el alma no abandonarle un momento?

» Lo prometemos con toda el alma.

» Tener fe; mirar siempre á la otra vida; creer siempre, arrastrarse por el mundo, si es preciso descalzos, pisando espinas, cubierto nuestro cuerpo de llagas, y el pensamiento de esperanzas.

» Sí, sí—gritaban estremecidos.

» ¡Ya lo oís, potestades del cielo! ¡Perdonadlos! Son pecadores, son hombres, son criaturas miserables. ¡Compadecéos de ellos un momento! ¡Tenedles misericordia! ¡No los condenéis! Tened piedad, Señor; y vos, gloriosa Virgen, madre de los desamparados, estrella de la mañana, torre de marfil, consuelo de los afligidos, reina de los astros, dulce amiga de los peregrinos de la tierra, ayudadnos á pedir la gracia para ellos, que es vuestra gran dulzura, para recoger en vuestro manto á esta gente de miserias.»

Aquella gente de miserias se iba compungida,

pero consolada; sabían lo que eran, lo arrastrados que vivían; pero sabían que en lo alto de aquel caserón había quien los vigilaba.

Cuando á la noche al irse á dormir, veían aquellas dos ventanas como dos ojos que miraban con luz, «Ahora están estudiando para salvarnos», se decían interiormente, y se dormían sin sueños.

LA HISTORIA DEL PUEBLO

Todo pueblo ó villa que quiera tener puesto serio de pueblo, necesita tener su historia.

Necesita, para lucimiento y decoro, y para enseñarse á los forasteros, un libro escrito con letras completamente de molde, donde estén apuntadas, con capítulos que dividan las épocas, todas las sinrazones y todas las razones de vecindario de las pasadas centurias.

Hay algunos de estos pueblos historiables que, bien sea por la naturaleza de los hombres, poco dados á hacer cosas memorable ni á pelearse con nadie, poco dados á molestar ni á destruir las haciendas del vecindario, poco dados á empujar los reyes á los tronos, ni á derribarlos, ni á apuntar en los pergaminos las escaramuzas de precepto, hay alguno de estos pueblos sin hiel, que el encontrarles historia cuesta más al pobre historiador que encontrar, no una aguja en un pajar, sino un pajar dentro de una aguja.

Así como hay muchos padres que esperan que sean sus hijos los que les den lustre, hay comunidades de hombres reunidos bajo los tejados de un mismo pueblo, que se alaban de haber tenido buenos abuelos, y quieren saber por qué senderos les ha venido la nobleza y cómo se la han de repartir. Quiéren saber de dónde proceden, de qué manera se disputaban sus antepasados las haciendas, y las masías, y las cosechas de grano; si tuvieron murallas, y en caso de haberlas tenido, qué hacían detrás de las murallas; de qué modo se vestían para hacer daño á los contrarios y no hacérsele ellos; si habían sido colonia de guerreros forasteros, ó los habían echado de casa valiéndose de armas de filo; si tuvieron navíos de guerra, ó si se los dejaron coger, ó si ellos se los habían cogido á los otros por las *malas* ó por la astucia de un buen abordaje; si desde los tiempos más remotos habían tenido moneda, y si era moneda que pudiera pasar; si en la posada ó en el castillo, ó bien en la Casa de la Villa había hecho noche ó se había parado á beber algún rey de capa y espada, dejando allí engastada una lápida como pegote glorioso, como recuerdo de la gloriosa bebida; si se habían encontrado piedrecillas de algún estanque de los romanos, ó de los moros, ó de los pocos cristianos que se bañaban sin tener reuma; y, en fin, si tenían buenos pergaminos que, aunque llenos de telarañas y comidos por las ratas, sirviesen para arreglar con ellos una historia, un libro, bien gordo y bien

mohoso, donde se viese por menudo que los antepasados eran gente de mucho empuje, capaces para toda clase de guerra y para toda clase de paz, heroicos por los cuatro costados, y atrevidos y valerosos como un espíritu maligno, así de noche como de día.

En *mi* pueblo, ¡qué escándalo! aún no tenían libro, no tenían ni abecedario histórico, ni fleuri de aquel distrito, ni unos tristes descubrimientos que encerrasen, con concisión y arraigados conocimientos, los cuatro ó cinco hechos de más ruido que se pudiesen investigar por los rincones de los siglos.

Y eso que, por fuerza, dada la gran vejez que tenían unos terrenos; dados los muchos años que tenían ciertos individuos, los montones de experiencia que tenían los viejos, y la mirada de hierro que tenían los jóvenes y hasta los niños de pecho, por fuerza habían sucedido duras y maduras, que convenía poner en claro para honor de todo el término.

Habían sucedido cosas gordas, y no había un hijo de madre, un hombre con letra y conocimientos expresos, un sujeto aseado y curioso que sintiese el fuego de patria, ni ese amor de la familia que sienten hasta los animales en la espesura de las selvas; un vecino honrado y conforme nacido allí, en el mismo terruño, para relatar las gestas que Dios sabe que debía de haber, perdidas ó escondidas entre aquel latín tan espeso, arrinconado per

los armarios. ¡Eso no podía seguir así! ¡Era un escarnio! Contemplar, sin caerse de vergüenza, tantos pueblos de menos fincas y de habitantes más jóvenes, que ya tenían una historia, y hasta dos algunos de ellos, y vivir ellos en la obscuridad, ellos, que pronto tendrían acetileno. ¡Qué afrenta! ¡Qué ludibrio! ¡Qué ejemplo para las criaturas! ¡Cómo podían saber dónde estaban, si no sabían de dónde venían ni adónde iban? ¡Qué derecho tenían á gozar de *garantías*, y á manejar eso del *sufragio*, ni de los derechos *inherentes* al hombre, si no tenían una base donde recabar sus títulos? Nada; que necesitaban historia, y que el Ayuntamiento la *apoyase* sin mucho gasto, *pignorando* con una *ofrenda* al mejor historiador que saliese en todo el radio.

Fué éste, ¡quién había de ser! el sabio del pueblo. A más de los méritos ya sabidos, tenía una letra muy clara, una cabeza casi tan clara como la letra; tenía mucha paciencia, escuchaba, era humilde y cuidadoso, era íntimo del rector, y sobre todo, tenía las llaves del archivo, de aquel depósito de papel, de aquellos armarios reumáticos y desvanes llenos de telarañas que guardaban los secretos de aquella bendición de Dios de siglos.

Allí tenía que entrar y engolfarse, y de allí tenía que salir tan enterado como lleno de polvo; allí espantar la ignorancia, las telarañas, la pereza, y escoger y remendar los hechos dignos y gordos de entre la broza antihistoriable. Pero antes de em-

prenderla y luchar con los siglos niños, con las edades que, por lo remotas y tiernas, llamaríamos edades en mantillas, quiso ir más allá, comenzar por el comienzo y pedir á las geologías, no solo el origen del hombre y de la mujer, con sus variantes, sino del propio terruño, con sus capas prehistóricas.

Capas se encontraron hasta de sobra. Sin duda, ó el frío había escaseado en las edades más geológicas, ó era un lujo primerizo que no podían permitirsele. Las unas, fuertes como la piedra; las otras, con adoquines crudos, mezcladas con mortero y con tierra amarilla de pucheros; éstas de fango, que parecía pisoteado por las edades, y las otras de peña virgen; repetimos que capas sobaban para poder ordenar las épocas y poner las cosas en orden. Eso sí: los terrenos, secundarios no eran. ¡Qué habían de ser! Eran tan primarios, que capas más primarias no las había en el planeta.

Pero entre la confusión aquella y algunos fósiles de animal grande y extranjero que se habían descubiertos al hacer los cimientos del matadero, entre el espesor de las tierras y el altibajo de la laboranza, y con tantos siglos de arar sobre las mismas capas, no se podían fijar seguramente las épocas geológicas de estos terrenos versátiles; y como no se podía saber, quedaron sin saberse, resumiendo a questo capítulo el sabio historiador, diciendo que antes del diluvio el pueblo estaba tranquilo, que acaso no existiera, y que como no existiría, no

se sabía de cierto que hubiese sucedido nada más... Y pasaba al siguiente capítulo de las edades prehistóricas.

Estas eran más oscuras. Es cierto que había á media montaña tres piedras redondeadas y desgastadas, que decían los viejos más viejos que eran un sepulcro muy antiguo; pero el historiador dudaba, y no hay nada peor que la duda. Los druidas no habían llegado tan abajo; los cíclopes las hubieran puesto más gordas (que eran gente que no escaseaba fuerza ni jornales en eso de amontonar piedras); y en cuanto á los etruscos, si no sabían gran cosa de ellos los sabios de fama, menos sabía aún nuestro sabio modesto, que no había viajado. Así es que declaró en el libro que en las épocas prehistóricas no había sucedido nada útil para la mejora del pueblo, si bien eran épocas dignas de figurar en el pasado y de ser consideradas con detenimiento y conciencia.

Pasando á los fenicios, declaraba muy formalmente que siendo, como fueron, gente de tráfico y grandes caminantes de pueblos, habría sido muy extraño que no hubiesen pasado por la villa; que los griegos hubiesen estado en él, no había documentos que probasen lo contrario; y por lo que toca á los romanos, casi se podía asegurar que se habían dejado caer por allí. En un campo de maíz se había encontrado hace poco, media peseta roñosa, dos reales con un busto de hombre que debía ser Nerón, porque era grueso y mofletudo, y tenía la

cara muy sospechosa, y debían de ser romanos, porque en la cruz decía *Roma...*, y porque á media hora de tartana había aguas calientes con aquel olor de azufre que tanto agradaba á los romanos.

Además, engastada en una noria, encontraron una piedra con una inscripción medio borrada que enviaron al Padre Fita. El sabio del Padre Fita no les devolvió la piedra para no hacer gastos de transporte, pero se sabe que la recibió y que hasta celebró consulta. Contestó que no la habían entendido bastante bien, porque faltaban muchas líneas, y en las pocas que había faltaban todas las letras, pero que romana lo era, que debía ser de un buen nicho, y que si no la habían traído de fuera, estaba hecha en el mismo pueblo, quedando fuera de duda, que si bien no se sabía el qué, allí, en tiempo de los romanos, había pasado alguna.

En cuanto á los tiempos de los bárbaros, los hechos eran mucho más oscuros. Aquel no era pueblo de bárbaros, y en el caso de haberle invadido, no habían arraigado ni pudieran arraigar. Todo lo más habrían pisoteado cuatro fincas, habrían matado á los chiquillos y deshonrado á las mujeres; pero lo que es con los hombres no habían tenido ningún trato. Debieron de ser demasiado serios y demasiado gentes de su casa los indígenas para alternar con gente silvestre, que no tenía informes. Así es que aquel capítulo de historia quedaba más obscuro que la obscuridad, y no por falta de datos, sino por falta de trato con personas de

poca importancia, cómo eran aquellos feroces, que no miraban lo que se hacían, ni pagaban los alimentos ni todo lo que echaban á perder.

De los árabes casi se puede decir lo mismo. Los cristianos de entonces, con cuatro golpes de mandoble, á palos, á trastazos y á empujones, puede decirse que se los habían quitado de delante; pero tampoco se sabía de una manera segura. La única torre de moros que había en aquel término, ni siquiera era de moros; era una torre vieja, eso sí, pero no moreaba gran cosa. Estaba hecha, según tradición muy auténtica, para encerrar á las mujeres casadas cuando desembarcaban los piratas en la costa con intentos de robar carne cristiana y venderla en los serrallos, sin miramientos de honor, ni vínculos sagrados de familia. Los moros, seguramente, no habían hecho nada bueno en el pueblo; y si bien es cierto (¡por desgracia!) que los registros bautismales se habían perdido ó quemado, que no había niño que no se hubiese bautizado desde los tiempos de la Reconquista, era cosa bastante probable. El historiador lo pensaba y hacía como un santo en pensarlo.

Tocante á los cristianos, los capítulos de la historia ya eran mucho más extensos, pero más confusos. Nada podía asegurarse; pero es claro que con D. Jaime debió de ir alguno del pueblo, que salieron para Valencia, Mallorca y otras tierras de fama; es claro que de lo del Conde de Urgel algo supieron; y como no eran escasos de palabra,

bien debieron discutirlo; claro está que, al volver de América Colón con los negritos, debió de correr la noticia, y esto debió ser el motivo por el que más tarde, y con más reposo, fuesen allá indianos á comprobar la existencia de aquel sin fin de piñas, de aquellos rebaños de loros y de aquel plantel de negritos; también es cierto que si hubo en el mundo señores feudales, como no se podía negar, allí habría habido un feudalito, ó si se quiere un feudalazo de aquellos tan forrados de armadura, con pajes, con doncellas robadas y con torres del homenaje; señor feudal de puente levadizo, y arrebatador de cuartos á los campesinos de su término; está claro también que habiendo habido tantos conventos, alguno les tocaría en el reparto, con iglesia gótica y claustros, y que con el trascurso del progreso se habría perdido el rastro de él; y también es claro que con tantos hijos de fama que por todas partes habían nacido, habría el pueblo tenido un hijo ilustre, ó acaso dos ó media docena, con el bautismo perdido en la memoria de los hombres.

Todo esto el sabio lo había sospechado nada más, pero ya era bastante sospecharlo, engolfándose entre los pergaminos que había en aquellos desvanes. Aquella Edad Media, aquella edad de tinieblas le había hecho perder la vista. Subía al archivo, aseado y curioso, y bajaba, como el techo de un establo, todo cubierto de telarañas; llegaba contento y volvía abatido, roído por la polilla de

la duda, esa polilla que se almuerza las fechas y deja los documentos como si fuesen del Hospicio; buscaba con luz de esperanza, y la polilla le carcomía como si fuese un pergamino; de todo hablaban aquellos libros menos de lo que él quería: de santos, de oraciones, de deudas, de juicios temerarios y de intrigas sospechosas; de todo menos de su pueblo. Todo estaba en el desván, en aquel comedero de ratas, ¡todo estaba menos la historia del pueblo. Y el hombre se perdía allí dentro, como dentro de un bosque de papel, y, á no ser por su gran cachaza, la villa y sus habitantes se quedaban deshistoriados como el día en que nacieron.

Pero aun esas épocas eran más fáciles de tratar. Los hombres de ahora no estaban para comprobar lo que él decía, ó, mejor dicho, lo que sospechaba. Pero cuando llegó á los tiempos modernos, de tal manera le embarullaba los hechos la sobra de opiniones, que el último capítulo del libro le salió más confuso que el de aquella Edad Media, tan negra y misteriosa. Una sola cosa se ponía de relieve, la única cosa segura que constaba en todo el libro, á saber: que en toda la Edad Moderna no había pasado nunca nada que fuese digno de aquel pueblo, tan rico por suposiciones desde aquellos tiempos tan nebulosos.

Podía hacer un hermoso epílogo dando á conocer para el porvenir los hijos ilustres de aquel pueblo; pero á más de haber amores propios y amistades y compromisos políticos que le entorpecían

la tarea, tampoco se sabía quiénes ilustreaban más. O ponerlos á todos ó á ninguno. Según cuándo y según cómo, todos eran dignos de ser apuntados en la lista bibliográfica; pero había momentos en que el digno historiador los hubiera quitado del mapa, y en la duda de alargar demasiado la historia ó de dejarla demasiado corta, legó á la posteridad la tarea de hacer la selección, y llenó las últimas páginas con pensamientos filosóficos y enseñanzas provechosas. «Nada tan grande como la verdad pasada por el cedazo de los siglos; nada tan útil como la luz con que ilumina la Historia; nada como el ejemplo de los nobles antepasados para ennoblecer las costumbres». Saber bien lo que se fué, como él lo había estudiado, señalaba lo que se es; seguir el camino hacia atrás, como él le había seguido, ayuda á la marcha hacia adelante; decir la verdad al pueblo tal como él la había dicho, era amarle como un padre.

La historia era luminosa. Todo se había puesto en claro. Su tarea estaba cumplida, y ahora... el porvenir juzgaría.

En cuanto al presente, juzgó que debía imprimir aquella historia; el Ayuntamiento la pagó, y, si bien no la leyeron los habitantes, el pueblo quedó muy orgulloso de saberse historiado con todos sus puntos y comas.